Averiguar la identidad de las víctimas de las grandes catástrofes es uno de los cometidos sobresalientes que tiene encomendados la Policía, tanto por su vertiente estricta de identificación de las personas, como por el carácter de servicio humanitario que encierra. A describir someramente los distintos procedimientos está dedicado el artículo que insertamos a continuación

La identificación en grandes catástrofes

Alejandro Sanz Abalos

Cuando aun no se han silenciado el ruido de las explosiones, ni enfriado los rescoldos de una catástrofe aérea, debe comenzar una maratónica tarea, la identificación de las víctimas. De aquí y de allá surgen personas que de un modo u otro, con uno u otro propósito, por razones humanas, familiares o crematísticas, quieren a sus muertos y todos los quieren a la voz de ya, a veces por salir de la fatal y terrible duda, otras por lograr que sus deudos reciban sepultura, y las menos, por resolver el trámite, percibir la indemnización, evitarse molestias y disfrutar de la herencia, que de todo hay en la viña del señor. Pero sea por una u otra razón, todos tienen prisa, todos quieren ser los primeros; esto, unido al desconcertante deseo de algunas personas interesadas de resolver la cuestión lo antes posible y a las normas sanitarias al respecto, hacen que la identificación sea una labor que ha de hacerse al toque de paso ligero.

Nosotros, con la perspectiva del identificador policial y con la triste experiencia que nos proporcionan los casi trescientos cincuenta muertos con los que hace algunos hemos

tenido que trabajar, a causa de los luctuosos sucesos con que cerramos 1983, más algún que otro hecho similar, ya un tanto lejano, vamos a hacer algunas consideraciones generales en torno al tema, con fines clarificadores, si es posible, recogiendo en ellas nuestros errores y nuestros aciertos, que de todo hay.

Parece evidente, y no creemos que hay quien afirme lo contrario, que aunque es mucho lo que se ha escrito y se ha hablado sobre la identificación cadavérica, falta aun mucho que decir al respecto. También es obvio que no es lo mismo identificar o tratar de identificar a uno, dos o cinco cadáveres, que a ciento ochenta y uno, pongamos por caso, como tampoco es lo mismo tratar de identificar a los ocupantes de un avión estrellado, a los ocupantes de un camping incendiado, a los jóvenes que se divierten y mueren en una discoteca en un hecho similar o a los huéspedes de un hotel dinamitado, por citar algunos ejemplos. Cada hecho va a requerir un tratamiento específico. La identificación de las víctimas de una de estas catástrofes es,

como en medicina, no una cuestión de enfermedades sino de enfermos y, de igual modo, no es cuestión de catástrofes, sino del tipo de catástrofe y sus circunstancias. Lo que es posible en una, en otra no lo es, y lo que en ésta da un resultado óptimo, en aquella puede ser un fracaso rotundo. Esto es algo que nunca debería ser olvidado y por tanto es impropio dictar una norma general de actuación. Se hace preciso acudir a la lógica y al sentido común para resolver cada una de las cuestiones.

El factor humano

Es palmario que el componente humano en un equipo identificador es un factor primordial y que no siempre se tiene en cuenta. Hay quien preconiza un equipo super selecto y super especializado, que permanentemente esté en pie de guerra. Nosotros pensamos que esto no es bueno y pensamos que no es bueno, primero, porque no es necesario, y segundo, porque pensamos que alguien tan sumamente encasillado puede perder la capacidad de improvisación, que no solo es necesaria sino imprescindible en este tipo de trabajo. Somos de la opinión que es mucho más adecuado que el equipo esté formado por funcionarios altamente especializados en cada una de las materias que son aplicables a la identificación cadavérica. Es este aspecto donde hay que ser exigentes; si se precisa un dactiloscopista, debe ser el mejor; si es necesario un dentista, el más caracterizado; si hace falta un forense, que sea el más experto, y así en todos los órdenes. El buen técnico sabrá improvisar cuando sea preciso, lo que es más difícil es improvisar un técnico, ese solamente se hace con los años, el interés, la vocación y una labor callada, continuada y fructífera. Nosotros creemos en Dios, los milagros y los hombres, en lo que no creemos ni crearemos jamás es en los hombres milagro, aunque sea una subespecie abundante en nuestro «habitat».

De este modo, hemos llegado a la conclusión de que todo aquel que forme parte de un equipo que se encargue de estos trabajos debe tener acreditada su valía y, en el orden funcional, es imprescindible una persona que se encargue de la